

# Agroecología Política: transición social y campesinado

*Autores: Ángel CALLE COLLADO y David GALLAR*

Instituto de Sociología y Estudios Campesinos, Universidad de Córdoba (España)

Contacto: [angel.calle@nodo50.org](mailto:angel.calle@nodo50.org) y [gallardavid@yahoo.es](mailto:gallardavid@yahoo.es)

*VIII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural – ALASRU. Del 15 al 19 de noviembre de 2010, en Porto de Galinhas, Pernambuco, Brasil. GRUPO 2.*

## Introducción a la agroecología política

A escala global, las grandes transnacionales agroalimentarias imposibilitan toda dinámica de transición social agroecológica. Su control no se reduce a su hegemonía en los mercados sino, sobre todo, a los ensamblajes que se dan entre productores, distribuidores y consumidores, ya hablemos de alimentos o de imaginarios sociales. Como indica Ploeg (2010: 342): “Para los que tienen que vender, los puntos de entrada de Imperio llegan a ser cada vez más puntos de paso obligatorios, más aún desde el momento en que Imperio busca activamente eliminar todas las posibles alternativas”. Estamos hablando de que, en países del centro, las grandes superficies son los interconectores básicos y monopolizantes del sistema alimentario: 110 grandes grupos de compra se establecen como filtro entre los más de tres millones de productores agrícolas y ganaderos y los consumidores de la Unión Europea; en el Estado español, 8 cadenas de distribución venden el 80% de los productos alimentarios; para los casos de Finlandia o de Holanda son sólo 4 grupos los que tienen esa cuota de mercado (ver Montagut y Diogliotti 2006; Varios Autores 2007).

De esta manera, el sistema agroalimentario global desperdicia redes de cooperación social básicas para desarrollar circuitos cortos o producir instituciones sociales que podrían apoyar transiciones hacia la sustentabilidad. La credibilidad de los individuos, a veces forzados a vender al *Imperio*, otras persuadidos educativamente de sus bondades futuras, se vuelca hacia su integración como apéndices de entramados controlados y drenados por grandes multinacionales. Se expanden los circuitos de dependencia y se pierde autonomía con respecto a ellos. Instituciones sociales como las tradicionales cooperativas agrícolas en los países del Norte o los intercambios de semillas entre campesinos de cualquier parte del mundo se vuelven escasamente representativas del modo de producción a escala global. 10 empresas manejan un tercio del mercado mundial de semillas, empresas como Bayer o Monsanto que, a su vez, forman parte de la decena de transnacionales que controlan el 80% del mercado de insumos químicos. Las consecuencias sociales se extienden hacia los impactos medioambientales, a través de una fuerte reducción de la biodiversidad: de las cerca de 10.000 especies para la alimentación que conocemos, el 95% de nuestro consumo ha terminado concentrándose en 19 cultivos y 8 especies ganaderas, lo que constituye entre 30.000 y 90.000 referencias alimentarias. Paradójicamente, los supermercados se venden a sí mismos como una ampliación de la oferta. Pero en realidad hablamos de no más de 3.000 referencias de productos que se permiten en un establecimiento, lo que intensifica la homogeneización a escala global, dada la repetición de patrones de oferta por todo el mundo (Varios Autores 2007). Por su parte, Toledo y Barrera-Bassols (2008: 15 y ss.) nos invitan a reflexionar que, frente a la globalización y la revolución verde que concentran más y más tanto la oferta productiva como la demanda consumidora, la agricultura tradicional incentivó la aparición de 12.000 variedades de patatas y 10.000 variedades de arroz como respuesta eficiente y sustentable a las adaptaciones y necesidades de un

contexto cultural y medioambiental dado.

Esta remoción de flujos ascendentes de cooperación social se apoya en el desarrollo de paraguas públicos para las transnacionales, alianzas de manos visibles entre el Estado y el mercado: “Imperio emerge como la compenetración, el intercambio y la simbiosis mutua del Estado y los mercados” (Ploeg 2010: 354). El papel de la Organización Mundial de Comercio, la presión de grupos como Monsanto en la confección de agendas políticas de la OMC y de los propios Estados, la creación de lobbies a favor de una revolución en clave de transgénico como es la iniciativa AGRA (ligada a la Fundación Melinda y Bill Gates), los apoyos a los grandes productores en detrimento de los pequeños y medianos (como fuerza la Política Agraria Común de la Unión Europea) o el consentimiento del maridaje especulativo entre finanzas y mercados alimentarios son ejemplos de abrazos entre el sector público y los intereses de multinacionales del sector agroalimentario. Aunque se publicitan constantemente los “éxitos” de la revolución verde, lo cierto es que, a causa de la exclusión de productores y consumidores, ésta produjo el mismo número de hambrientos (fundamentalmente en el Sur, mujeres) que de personas con acceso a una alimentación digna (Holtz y Pajel 2010: 47). Sobran alimentos, pero falta comida en los países periféricos y hay exceso de enfermedades relacionadas con la obesidad en los países del Norte (más de mil millones en cada uno de los casos). En el terreno medioambiental, la revolución verde supone una pérdida de biodiversidad y una creciente erosión de suelos y contaminación de tierras y de aguas. Se une a ello una potenciación de cadenas de distribución en las que los alimentos realizan, literalmente, una vuelta al mundo antes de llegar a nuestra mesa. El cambio climático que ello origina será, a su vez, fuente de una erosión del 20% de la producción para los países del sur, según estimaciones para el 2020. A la par que, de mantenerse la tendencia actual, en el 2050 tendremos el 12% de la superficie agraria dedicada a la producción de agrocombustibles, a la par que la dieta cárnica presiona para incrementar el 40% de tierras dedicadas a producir pienso para ganaderos<sup>1</sup>.

Podemos pensar entonces la revolución verde como una industrialización de la agricultura que conlleva una fuerte erosión social y medioambiental de nuestros hábitats. Social también en la medida en que se desvalorizan e invisibilizan estilos de agriculturas y formas de desarrollo endógeno al margen de los patrones hegemónicos de la revolución verde. Lo que unido a la creciente financiarización del sistema, hace que los límites de reproducción de nuestros ecosistemas se encuentren en peligro, no para el planeta, si no para la especie humana (Carpintero 2005).

Y sin embargo, a pesar de los procesos de descampesinización que, impulsados por instituciones internacionales como el Banco Mundial, buscan transformar toda agricultura campesina a pequeña escala a una agricultura comercial a gran escala, la cooperación social en los terrenos agrícolas y alimentarios en general se sigue moviendo (Holtz y Pajel 2010: 73, 213, 219; Ploeg 2010: 221). En África, sin apoyo oficial, las iniciativas agroecológicas cobran fuerza impulsadas por las crisis alimentarias. En los países del centro, estas iniciativas, a escala aún muy reducida, asocian cada vez más a agricultores, redes sociales y cooperativas de economía social, para construir formas de corresponsabilidad alimentaria entre consumidores y productores<sup>2</sup>. El propio Banco Mundial, en colaboración con la FAO, reconocía en un informe del 2002 que 500 millones de agricultores y agricultoras producen la mayor parte de los alimentos que consumimos.

---

1 Ver informes de *Evaluación internacional de las ciencias y tecnologías agrícolas para el desarrollo* (IAASTD) [[www.agassessment.org](http://www.agassessment.org)]

2 Para un análisis más detallado de experiencias en el caso español, ver Calle y Soler (2010), Calle y Gallar (2010b), Gallar y Vara (2010).

Con todo, se estima que el 75% de personas que pasan hambre viven en medios rurales (Fernández 2006: 16).

Más allá de estrategias de cooperación, la implantación mercantil de estos imperios es limitada. La revolución verde se centró en una serie de cultivos, como el maíz, el arroz, el trigo y más recientemente la soja transgénica. Pero existen muchas variedades locales que escapan a estos mercados mundializados y siguen anclándose en prácticas de producción tradicionales. + Se estima que la agricultura de subsistencia y los cultivos tradicionales alimentan a 4.000 millones de personas, frente a los 2.200 millones que lo hacen desde la agricultura enmarcada en la llamada Revolución Verde (Fernández y otros 2006). Otro ejemplo, en el Estado español, los consumidores buscan mayoritariamente (47,5%) el comercio local a la hora de abastecerse de productos perecederos<sup>3</sup>.

Existe, pues, una pugna que se libra en el campo alimentario, a la que acuden, o se ven inmersas en su hacer cotidiano, diferentes culturas y estilos alimentarios, con el objeto de garantizar su supervivencia material, cultural, e incluso afectiva. Desde la agroecología (Sevilla 2006, Guzmán y otros 2000) se enfatiza la necesidad de producir manejos de recursos naturales de forma colectiva e inclusiva como respuesta a las crecientes tensiones que desata el sistema agroalimentario en multitud de dimensiones que atañen a formas de vida o de reproducción del planeta y su biodiversidad. Además, la crisis medioambiental abona el terreno hacia la realización forzada de cambios sustanciales en nuestros sistemas sociales. Querámoslo o no, la alteración del clima, la extinción de energías fósiles de extracción barata, la pérdida de especies y conocimientos locales, las desigualdades económicas y las hambrunas, la creciente concienciación por una parte de la población de la necesidad de consumir alimentos apropiados, entre otros, nos abocan a un escenario de transición. La cuestión entonces es determinar cuáles serán los niveles de conflicto que aportarán dichos cambios, emanados de una transición forzosa, qué actores podrán intervenir y cómo, qué responsabilidades tienen los distintos agentes implicados en las cadenas alimentarias, y también, de qué manera estas tensiones reverberarán o son ya alimentadas por tensiones en el campo político que afecta a la legitimidad y adhesión de los sistemas políticos en los que nos relacionamos.

Es necesario, en este contexto, reflexionar específicamente sobre qué caminos o escenarios pueden abrirse para construir una sustentabilidad extensa, en el plano social y medioambiental. Entendemos por *agroecología política* el análisis y la actuación sobre las condiciones sociales, las redes y los conflictos que resultan del apoyo hacia un cambio social agroecológico. Caracterizamos este cambio como una democratización extensa de nuestras relaciones socioculturales con vistas a lograr un *metabolismo social o socio-vital* sustentable<sup>4</sup>. Es decir, se trata de una problematización política de los conflictos sociales y medioambientales asociados al manejo de recursos naturales en nuestro afán de dar satisfacción a las necesidades básicas de los seres humanos (materiales, expresivas, efectivas, de relación con la naturaleza).

La agroecología política nos llevará a plantear un modelo de transición social que refleje

---

3 Consultar el número 12 de la revista *Opcions*, en <http://www.opcions.org/cast/opcions/alimentacion.html>

4 Ver Toledo y González de Molina (2007). Con respecto a la definición de metabolismo social propuesta por estos autores (referida al intercambio de materia y energía que se da en una configuración social y en una explotación de la naturaleza determinada), enfatizamos la dimensión cultural, motor de una forma de percibir la naturaleza, o de ausentarla de nuestras representaciones, base por tanto de cómo el metabolismo “material” es entendido “socialmente”. Por otra parte, es nuestra impronta emocional y afectiva la que nos alienta a trabajar desde otras racionalidades en el plano social y de relación con la naturaleza, pues sentimos que “algo va mal” (Damasio 2005 y Morgado 2007). De ahí que podamos acuñar la noción de sociovital para referirnos a sociedades reproducidas simbólica, física y afectivamente alrededor del consumo o del hiperconsumo (Alonso 2005).

prácticas y análisis que campesinos y redes alimentarias están proponiendo. Como afirma Walden Bello, en su introducción al texto de Holtz y Pajel (2010: 15), dichos actores están aprendiendo “la imposibilidad de separar la organización económica de la tecnología, la equidad, la sostenibilidad y la democracia”. Ello nos explicará las alianzas “sorprendentes” que se dan entre organizaciones comunitarias, campesinos, redes de autogestión de necesidades básicas, movimientos ecologistas y de derechos humanos, e incluso iniciativas empresariales, en un intento de “democratizar nuestros sistemas alimentarios” (Holtz y Pajel 2010: 20).

Por consiguiente, la agroecología política incide, en su mirada y en su praxis, sobre los procesos de cooperación social que construyen estilos alimentarios (pautas y redes de producción, distribución, consumo) equitativos y sustentables, la democratización alimentaria en definitiva. Las estrategias de solidaridad son un sustrato de las luchas sociales y de las redes de apoyo e intercambio a las que, bien por memoria cultural, bien por necesidades impulsadas por un contexto, caracterizaron las prácticas campesinas (Ploeg 2009 y 2010, Sevilla 2006). Dicha cooperación social puede pensarse como un haz de flujos simbólicos y prácticos que unen el pasado con el futuro, a través del presente, con el objetivo de recrear unas relaciones sustentables, basadas en la solidaridad y en la co-evolución con nuestro entorno natural. Así, por *cooperación social* nos referimos a las estrategias colectivas en la satisfacción de necesidades básicas que vienen marcadas, en el pasado, por la *confianza*, en el presente, por el *apoyo*, y en el futuro, por la *reciprocidad*. Estas dinámicas de cooperación no son inherentes a nuestro ser biológico, sino que beben de la socialidad propia del ser humano para remontar sus necesidades de hambre y de amor, en palabras del antropólogo Harris (1997). Y aunque es un hábito de ida y vuelta, esta cooperación se rompe por momentos ante el ascenso de estructuras o culturas autoritarias (bajo el manto de regímenes políticos, religiosos), o fruto de estrategias de dominación de quienes cooperan para garantizar la exclusión de otros (ver Calle y Gallar 2010).

Frente a las dinámicas de autoritarismo y de competitividad que impulsan los imperios agroalimentarios, existe una “tradición disidente” en el campesinado, por más que en ocasiones haya sido invisibilizada y vendida como pasividad ante la aparente aquiescencia pública frente a procesos de modernización políticos o industriales (Bascuñán 2009: 28). Tradición de rebeldía, llámese economía moral o infrapolítica de los desposeídos (Scott) que, de la mano de actores como La Vía Campesina, ahora despunta bajo nuevas formas de organización política (Desmerais 2007).

De esta manera, el campesinado puede ser entendido como una *cultura de sustentabilidad*. A través de un proceso de re-creación ideológico, el campesinado puede ser resignificado atribuyéndosele prácticas e intenciones que desde la situación actual de construcción social del riesgo y de las crisis -alimentarias, ecológicas, sociales y, en definitiva, civilizatorias-, podrían ser reagrupadas en una especie de cultura de la sustentabilidad. Esta cultura de la sustentabilidad estaría anclada en la racionalidad ecológica de su manejo de los recursos naturales (estudios de Toledo o Altieri), también se asentaría en una “economía moral” (E. Thompson), e incluso en una especie de “ética del cuidado” arraigada en las diferentes cosmovisiones y marcos culturales de marcado carácter biocéntrico -especialmente en la “subcultura femenina” que, a pesar del patriarcado imperante, en comunidades más o menos cerradas y con una alta densidad social dentro de las unidades domésticas campesinas mantendría cierto poder, aunque no obtuviese la suficiente autoridad-.

Sin embargo, creemos que es necesario caer en esencialismos. Abogamos entonces por

trabajar el análisis actual de propuestas “neocampesinas” que rescatan y redescubren los procesos de resistencia ocultos de la infrapolítica campesina (Scott) junto al “ecologismo de los pobres” (siguiendo a Martínez Alier) o el ecofeminismo (Shiva). Estaríamos más bien ante un discurso neocampesino que ante la ortodoxia de identificar las esencias campesinas. Un discurso neocampesino que promueve procesos de transición agroecológica en todas sus dimensiones como parte de una propuesta contrahegemónica desde el paradigma de la sustentabilidad ampliada. Un discurso neocampesino que involucra y al que se incorporan no sólo los productores agrarios -con diferentes estrategias e innovaciones sociales como parte de diferentes estilos de cultivar (Ploeg)- sino que funciona más bien como referente ideológico que se nutre de las prácticas de sustentabilidad revisitadas del campesinado y la búsqueda de nuevas formas de ser y estar que se producen en los laboratorios de vida que son los nuevos movimientos globales alimentarios.

En el siguiente apartado, abordaremos cuestiones y debates fundamentales para entender los debates sobre transición social desde la agroecología política, lo que nos llevará a proponer un modelo general y una matriz de evaluación para su aplicación a procesos concretos. Finalmente, analizaremos las contribuciones y límites de este (nuevo) campesinado a los procesos de transición agroecológica.

### **La transición (social) agroecológica**

No son muchas las referencias y trabajos que, explícitamente, abordan la cuestión del cambio social agroecológico desde una perspectiva integral: social y técnica; cultural y medioambiental; reflexiva y constructora de una metodología aplicable; planteándose la interrelación de diferentes escalas de análisis; micro y macro; multi-agentes y abierta a la inclusión y vinculación de los actores sociales que pueden propiciar un cambio agroecológico; desde la transición en finca al metabolismo social en su conjunto, pasando por la articulación de procesos sinérgicos que se abran a escenarios favorables de cambio o que identifiquen barreras al mismo. Y, sin embargo, existe una necesidad creciente de valoraciones globales de la sustentabilidad de sistemas agroalimentarios mundializados que, a su vez, se anclen en contextos sociales, culturales y económicos concretos (ver Gliessman 2007 y 2010: 6-7; Ploeg 2010: 223 y ss.). Ello exige la propuesta de metodologías que, de forma participativa, ayuden a hacer cristalizar modelos de transición agroecológica, como sería el caso del Mesmis para los análisis de sustentabilidad a escala de unidad de producción<sup>5</sup>.

Con todo, el no abordaje explícito de un modelo global y participativo, no implica que no haya sido tratado de forma implícita, o bien que haya sido desarrollado para unidades de análisis (finca, comunidad, sociedad mayor, sistema agroalimentario global) o relaciones (género, territoriales, campo-ciudad, etc.) específicas. De esta manera, el problema de la transición agroecológica aparece recogido y apuntado en propuestas como el modelo MESMIS, los apuntes para una transición ecológica que nos ofrecen los trabajos de Altieri o Gliessmann, las nociones de cambio comunitario implícitas en el abordaje epistemológico de la Investigación Acción Participativa, entre otros. Sucede, en algunos casos, que la cuestión determina como preferente una unidad de análisis, por lo general la finca, y se centra en el manejo sustentable de los recursos y de los modos de explotación (Altieri y Nicholls 2007). En otros casos, el análisis del metabolismo y cambio social se centra en sus dimensiones institucionales públicas (Toledo y González 2007, González 2010). En todas estas aproximaciones, afirmamos, existe implícitamente una propuesta (o

---

<sup>5</sup> Marco para la Evaluación de Sistemas de Manejo de recursos naturales incorporando Indicadores de Sustentabilidad (MESMIS); ver [http://mesmis.gira.org.mx/es/static/mesmis\\_framework](http://mesmis.gira.org.mx/es/static/mesmis_framework)

una apertura a considerar determinadas propuestas) de cambio sociopolítico integral. Así, por poner un ejemplo, la primacía de la cuestión técnica de la transición puede asumir determinadas coordenadas del orden social actual, tales como el escenario del mercado agroalimentario mundializado y mundializante; o también puede estar apelando a la organización vertical del cambio social, “de arriba a abajo”, enfatizando las redes formalizadas (y por tanto más sujetas a los flujos institucionales modernos) a las formas de articulación y cooperación social que pasan a considerarse como “informales”.

Como señala Mamen Cuéllar (2009: 46) al respecto del cambio social agroecológico, éste debería desarrollar:

“relaciones sociales tendentes a obtener una transición de tipo agroecológico en los territorios, basadas en la equidad, la horizontalidad, la solidaridad y el apoyo mutuo, en lugar de la competitividad y las formas conflictuales que promueve el paradigma económico hegemónico desde su configuración en el liberalismo histórico”.

Dicho de otro modo, y en línea con los planteamientos de autores como Gliessman (2010: 7), Sevilla (2006), o los expresados en Calle, Soler y Rivera (2010), el cambio social agroecológico debe abordar la cuestión de cómo crear, en todas las dimensiones de análisis del sistema agroalimentario<sup>6</sup>, una cultura de la sustentabilidad (cómo interactuar con la naturaleza, cómo coevolucionar) que promueva procesos de cooperación social de abajo a arriba. En la actualidad, estos flujos de cooperación se manifiestan contrarios a unos imperios de la alimentación: frente al poder de las grandes transnacionales, “el mundo ofrece una variedad asombrosa de instituciones que ordenan y regulan la cooperación dentro de la agricultura campesina” (Ploeg 2010: 64). Este *imperio*, o imperios como preferimos llamarlos para referirnos al entramado agroalimentario mundializado, se caracteriza el control vertical e insustentable, en su propio beneficio, de los flujos económicos, sociales y de acceso a recursos de todo tipo (Ploeg 2010, 2009).

Nuestro análisis de la transición agroecológica debe considerar, por tanto:

- los factores de “conciencia”, ligados a la credibilidad y motivación de los actores e individuos envueltos en la cadena agroalimentaria, así como la propia transición a nivel de predio o de explotación de recursos naturales;
- elevándose desde entramados de cooperación informal a la constitución de instituciones sociales o a la presión y gestión de políticas públicas abiertas a esos entramados;
- con el objeto de cerrar circuitos de circulación de todo tipo de flujos (materiales, sociales, económicos) desde tecnologías que buscan la idoneidad endógena.

Todo ello para favorecer dinámicas de soberanías alimentarias, en el marco de un metabolismo social o sociovital sustentable.

Implícitamente, estos procesos de cambio social han de integrar las propuestas de democratización extensa que surgen desde redes críticas en el sistema alimentario (Calle, Soler y Rivera 2010; Holtz y Pajel 2010: 123, 243). Y para ello, abrir la mirada del cambio social a los actores que plantean desbordes creativos (Villasante 2006) con respecto a los actuales imperios agroalimentarios. La función de estos actores es práctica: exploran adaptaciones, proponen innovaciones, recuperan tradiciones. Pero también epistemológica. Desde la modernidad eurocéntrica se ha encumbrado un pensamiento caracterizado por: la contracción del presente, el desperdicio de la experiencia, la

---

6 En horizontal, se refiere a todos los actores y mecanismos que condicionan la cadena alimentaria que comprende producción, procesamiento, distribución, venta, consumo, deshecho o reciclaje. En vertical, hablamos de la secuenciación de unidades de análisis que van del espacio productivo al mundo: explotación o finca; comunidad o sociedad menor; cuenca alimentaria o redes de distribución primordiales (cuenca biofísica asociadas o no a una identidad territorial); sociedad mayor, contemplando gobiernos regionales o Estados; sistema agroalimentario (mundial); ecosistema planetario.

legitimación de un proyecto social como referencia universal de todos los posibles mundos (Sousa Santos 2009, 2005: 160 y ss.). En contraposición, las innovaciones agroecológicas democratizan la posibilidad de pensar el futuro a través de la visibilización o construcción de otras realidades. Este es el papel que se asigna, implícita o explícitamente, a las formas de resistencia ocultas o invisibilizadas (ecologismo de los pobres de Alier) o a las formas explícitas de acción colectiva, movimientos sociales que promueven una cultura de cooperación agroecológica (Sevilla, Toledo, Altieri 2009). O van más allá para modificar las gramáticas de democracia hacia expresiones radicales, en el sentido de formas de auto-organización social que problematizan conjuntamente necesidades materiales, afectivas, expresivas y de relación con la naturaleza; y que abren, a su vez, escenarios de democracia participativa desde la transformación de instituciones públicas (Calle 2009).

### *Un modelo de transición social agroecológica*

El estudio del cambio social está presente como elemento fundante de la sociología moderna. Sea el cambio conflictivo propuesto por Marx, sobre la base de las condiciones socioeconómicas que dualizan las sociedades, sea la propuesta de cambio social armónico, funcionalista, que adelantaran los escritos de Durkheim, desde el pensamiento europeo del XIX se abre la puerta a pensar por qué se producen alteraciones cualitativas, saltos estructurales y culturales, en una sociedad dada. Desde ahí, han surgido teorías de cambio social materialistas o idealistas, centradas en factores exógenos o endógenos, pluralistas o monistas, que sitúan un epicentro o varios como motor del cambio social (de Francisco 1997, Sztompka 1995). La ruptura de las grandes narrativas parecería, por un momento, haber dejado huérfanos a los sociólogos de una perspectiva operativa y útil para trabajar o acompañar los cambios sociales. Como refugio se establecieron, en algunos casos, parcelaciones destinadas a enfatizar grandes dinámicas de cambio cultural que prescinde de las bases eco-estructurales del mundo (Inglehart 1991); propuestas de identificación de claves microsociales y comunitarias (Marchioni coord. 2001); o, como ocurre en agroecología, se enfatizaron las condiciones de identificación de innovaciones sociales sustentables (Mesmis), o los aspectos metodológicos para acompañar la emergencia de procesos locales (la investigación acción participativa).

Siendo difícil, o acaso estéril, tratar de encumbrar una teoría omnicompreensiva del cambio social, reconocemos de nuevo la necesidad de desarrollarla en ámbitos específicos que estructuran las sociedades contemporáneas, como el agroalimentario y el consumo en general. Perspectiva la nuestra que no debe renunciar a la interrelación global, enmarcada entre la transición en la explotación o finca y el metabolismo social en su conjunto, de las tres grandes dimensiones señaladas:

- microsocio-culturales o de dinámicas de cooperación, que afectan también a las dimensiones personales de cambio,
- sociopolíticas o de instituciones, bien sociales (informales, auto-organizadas) o públicas (formalizadas en gobiernos representativos),
- y eco-estructurales o relativas a los circuitos de manejo de recursos naturales y de las tecnologías asociadas que posibilitan dichos circuitos<sup>7</sup>.

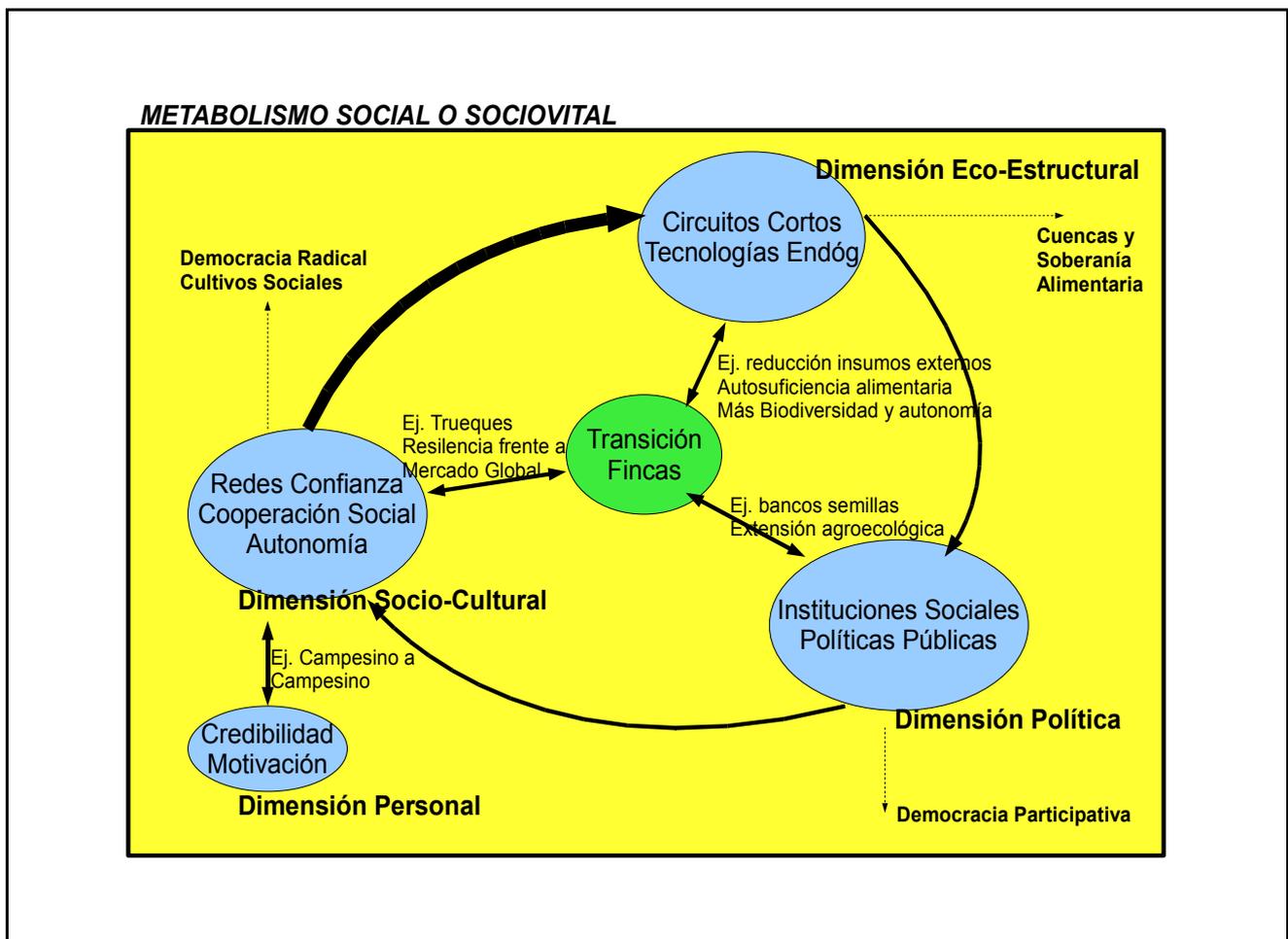
Junto a estas tres grandes dimensiones, asumimos la necesidad de construir modelos dinámicos que permitan, por un lado, interrelacionar estos tres ámbitos en el tiempo. Y, por otro lado, desarrollar desde estos modelos matrices operativas que permitan el análisis de transiciones sociales agroecológicas concretas. Como se indica en Calle

---

<sup>7</sup> Utilizamos aquí *estructura* en el sentido amplio de que estos circuitos sitúan o condicionan, de manera técnica y biofísica, las posibilidades sociales de tener capacidad o agencia para desarrollar la transición social agroecológica,

(2007: ) para el análisis de los movimientos sociales, el objetivo no es otro sino el de “captar mejor la variación a lo largo del tiempo de las ventanas de oportunidad política, la reproducción interna y la dimensión cultural (no visible)” de los procesos sociales de transición.

El modelo, pues, nos aportará una construcción que, sabiéndose incompleta, permite adentrarnos en el estudio de fenómenos que se dan en todos los rincones del mundo. La matriz de evaluación, posteriormente, podrá constituir una guía de ese aterrizaje en la evaluación o en el apoyo de procesos de transición social agroecológica.



**Gráfico 1.** Modelo de transición social agroecológica. La producción positiva de innovaciones (fuente: elaboración propia)

El anterior gráfico ilustra el modelo dinámico que nos permite interrelacionar en el tiempo las tres dimensiones: socio-cultural, eco-estructural y política (social o pública<sup>8</sup>). Ambas constituyen la médula espinal para el análisis de la transición social agroecológica. Transición que habría de ser impulsada desde la producción positiva de innovaciones. Decimos *positiva* para señalar que éstas habrán de producirse en sentido contrario y conflictivo al que los imperios agroalimentarios imponen: destrucción y desperdicio de cooperación social, alargamiento de circuitos para posibilitar acumulaciones y drenajes en favor de grandes redes empresariales y sometimiento de toda institución social al régimen político favorable a sus propuestas de revoluciones verdes modernizantes. Con

8 Con “sociales” nos referiremos a procesos formales de cooperación, estables y continuos, emanados desde la auto-organización ciudadana. Por “públicos” entenderemos los propios de instancias representativas políticas.

*innovaciones sociales* nos referimos a las recreaciones de nuevas formas de hacer, pensar y sentir, críticamente, el sistema agroalimentario en su conjunto. Dichas innovaciones constituirán estilos alimentarios emergentes de nuevo cuño. Lo cual no es óbice para que puedan suponer, en muchos casos, bien una des-invisibilización de estrategias ancestrales (campesinado del llamado Sur), bien una recuperación de conocimientos tradicionales (propios de los diálogos que propone la agroecología entre ciencia y saberes).

Establecemos, como se aprecia en el gráfico, una secuencia de *giros positivos* para promover la irrupción de dichas innovaciones sociales. Parte, y así se subraya en el gráfico, de la capacidad de generar circuitos y tecnologías endógenas desde la cooperación social. Para autores como Ploeg (2010) o Sevilla (2006) ésta es una de las características distintivas del manejo campesino de los recursos naturales. En el trabajo de Calle, Soler y Vara (2009) resaltábamos esta característica para las innovaciones sociales agroecológicas que se están produciendo en el Estado español de la mano de nuevos movimientos globales, cooperativas ancladas en economías solidarias y nuevas articulaciones desde los productores rurales tradicionales, y que estaba dando paso a *estilos alimentarios agroecológicos*. De esta manera, la cooperación social es una base a la vez que un hecho intrínseco a los procesos de transición agroecológica: la desarticulación o invisibilización de estas prácticas sólo puede conducir a la instauración de controles y planificaciones externas propios de los imperios alimentarios, manifiestamente insustentables, a pesar de que arranquen de una sólida simbiosis entre Estado y Mercado como indica Ploeg (2010: 354).

Estas formas de cooperación social, en un contexto favorable de circuitos cortos y tecnologías endógenas, son las que pueden producir una mayor motivación para la implicación en el cambio social agroecológico por ser garantes de una seguridad y confianza en la satisfacción de necesidades básicas: acceso a recursos productivos o económicos; redes de apoyo y de intercambio que faciliten una producción diversificada desde manejos agroecológicos, de menor dependencia o coste económico; resiliencia social ante adversidades naturales o directamente derivadas de imperios agroalimentarios; mayor autonomía en general en la toma de decisiones; posibilidad de diseñar colectivamente estrategias comerciales o de innovaciones sociales o tecnológicas; afianzamiento de un sistema productivo sustentable que concede más margen de maniobra a productores (e incluso a consumidores), etc.

Con todo, como apreciamos en dicho gráfico, el giro positivo necesita de una continuidad en las otras dimensiones, ya que la transición se refiere a los caminos a emprender desde la situación actual con objeto de abrir otros presentes y establecer bases socio-ecosistémicas para otros futuros, sin establecer puntos de llegada. Para Ploeg (2010: 222-3) nuevas formas de cooperación local hacen posible la diversificación y el producir de manera más eficiente, así como “la reubicación de la agricultura en la naturaleza”, lo que se traduce a su vez en “una desvinculación de la agricultura de la dependencia directa del capital financiero e industrial”.

Por último, nuestro modelo profundiza en aspectos clave de la agroecología política. Así, el gráfico señala las *coproducciones*<sup>9</sup> o nuevas situaciones que introduciría este giro positivo hacia la *democratización extensa* de las relaciones sociales que amparan el sistema agroalimentario en su conjunto. Así, en la dimensión política estamos planteando

---

9 La recreación de nuevos vínculos sociales, articulaciones que problematizan, globalmente y de forma extensa, necesidades materiales, expresivas, afectivas y de relación con la naturaleza. Volveremos más adelante sobre esta cuestión; consultar Calle, Soler y Rivera (2010) y Calle (2010).

que la transición social agroecológica demanda una *democracia participativa*, una apertura de las instituciones actuales. En la dimensión socio-cultural, las dinámicas intensas de cooperación social promueven expresiones de *democracia radical*: horizontal, inclusiva, deliberativa y que problematiza conjuntamente satisfactores materiales, expresivos, afectivos y de relación con la naturaleza. Estas expresiones, caso de reducirse a la auto-organización de una necesidad básica concreta (por ejemplo, la salud), nos llevaría a la antesala de estas microsociedades que se plantean desde la democracia radical, y hablaríamos entonces de espacios de auto-gestión o *cultivos sociales*. Por último, en el plano eco-estructural, el facilitar entornos o cuencas alimentarias que se inclinan a cerrar circuitos políticos, sociales, económicos y medioambientales nos llevaría a estar estableciendo prácticas de *soberanía alimentaria*.

De manera metafórica, y como guiño también a los puentes y nuevas articulaciones que se construyen desde lo rural y lo urbano en la problematización del sistema alimentario, podemos afirmar que nuestro modelo propone el análisis del estado del *software* (cooperación social) necesario para que un *hardware* (circuitos eco-estructurales) pueda alimentar dicho software. La dimensión política pública supondría la creación de *paraguas* que ayudaran a establecer, democráticamente, las conexiones pertinentes, los procomunes que facilitan la cooperación social y el cierre “desde abajo” de los circuitos eco-estructurales. En la base, como no podía ser de otra forma, los átomos de todo este universo de transición social agroecológica, la voluntad y el entusiasmo de los seres humanos.

#### *Una matriz para evaluar la transición social agroecológica*

El modelo que proponemos nos permite tener una mirada global, holística y relacional, de cómo las diferentes dimensiones pueden correlacionarse positivamente para facilitar una transición social agroecológica. Podríamos hablar de “transición agroecológica” omitiendo la calificación de “social”. Pero creemos conveniente enfatizar los aspectos de sustentabilidad social que se deberían desarrollar para lograr una sustentabilidad medioambiental. Ambas esferas, social y natural, están en co-evolución (Noorgard). A su vez, la transición en una explotación concreta (finca o unidad productiva) y el metabolismo en su conjunto (sociedad-naturaleza) constituirían, respectivamente, los límites inferior y superior en los que se enmarca el proceso social de transición. No obstante, frecuentemente se ha entendido como transición agroecológica aquellos procesos destinados a una “transición en finca”. Más recientemente, se viene reconociendo la imposibilidad de plantear una transición agroecológica sin establecer como objetivo, a la vez que como sustrato, la transformación del sistema agroalimentario desde la integración o desde la concesión de espacios de autonomía a iniciativas sociales “desde abajo” (*grass-roots initiatives*, novedades, espacios de maniobra para la cooperación, democratización alimentaria, etc.) que aparecen en los trabajos de: Taylor y otros (2010), Taylor y otros (2010), Gliessman (2010), Ploeg (2010), Cuéllar (2009), Cuéllar y Sevilla (2009); Calle, Soler y Rivera (2010), Soler (coord., 2010), entre otros.

Conviene también distinguir entre los elementos y relaciones sustanciales de la transición social agroecológica (el modelo que proponemos), el desarrollo de variables o aspectos a evaluar (la matriz que construiremos) y las iniciativas o herramientas que pondremos en marcha para llevarla a cabo (la intervención social). Frecuentemente, nos encontramos con matrices de transición que entremezclan variables y un relato de lo que deberían ser herramientas: baterías de políticas públicas, programas de extensión o investigación participativa, estrategias cerradas de organización social “desde arriba” o de “transición en finca”. Ciertamente es que dichas barreras son difusas: ¿la existencia de un plan de

establecimiento de canales cortos de comercialización es una forma de evaluar el modelo o de intervenir en un contexto dado? Y la solución, como en muchos casos, vendría dada por la creación de “ciencia con la gente”, es decir, la apertura de las cuestiones del *para qué* y del *cómo* a las prácticas de agroecología emergentes o tradicionalmente invisibilizadas, mediante metodologías participativas (Taylor y otros 2010), lo que en un futuro podría ensanchar las puertas de los procesos de auto-organización social<sup>10</sup>.

Como decimos, es materia común, y un consenso fundante de la agroecología, abordar los temas de transición agroecológica, e incluso de promoción de una soberanía alimentaria, la introducción de criterios de acceso a recursos básicos de forma endógena (agua, semillas, tecnologías apropiadas), junto con los de manejo y rediseños más sustentables de las explotaciones (el tercer nivel que indica Gliessman, 2010; ver también Altieri y Nicholls 2007). Estamos hablando de la incidencia en la explotación o predio, así como aspectos ecológicos para el desarrollo de circuitos cortos mediante tecnologías endógenas. Boege y Carranza (2009), al igual que Rivera (2008) para el caso de la promoción de una soberanía alimentaria, subrayan que estos cambios hacia una agricultura sostenible han de plantear que la toma de decisiones se afiance en lo local, en la proximidad; desde estas escalas comunitarias, a su vez, tendría que haber un acceso democrático y real a procesos de decisión que, hasta ahora, han servido para afianzar mercados oligopólicos, incluso en el terreno de la producción ecológica. Como parte de esta democratización ascendente, Rivera (2008) apunta la necesidad de contar con estructuras de participación favorables a campesinos y agricultores, en el plano sociocultural (sindicatos, organizaciones comunitarias), sociopolítico (instancias públicas que configuran el sistema agroalimentario, asistencia técnica) y en el socioeconómico (canales de distribución y comercialización, precios, papel que se le concede a los mercados globales, acceso a créditos); al mismo tiempo que se reduce la vulnerabilidad alimentaria y se promueven prácticas de consumo más apropiadas (en lo dietético, en lo cultural). Por último, la democratización extensa no puede olvidar frentes clásicos de jerarquización en las sociedades contemporáneas y que se reproducen con fuerza dentro de las dinámicas de producción y consumo. Nos referimos, por ejemplo a las relaciones de género, ya que “las relaciones de poder determinan las condiciones de participación de hombres y mujeres en los espacios de decisión sobre los rumbos de la sociedad, y por tanto, en la construcción de un desarrollo rural sustentable” (Siliprandi 2009: 142).

Es decir, implícitamente, los trabajos en torno a la transición agroecológica se plantean una (retro)alimentación de la dimensión política desde las bases de las iniciativas de cooperación social que exploran y hacen emerger cambios agroecológicos en el plano local. Una sinergia que, para lograr ese giro positivo, debería redundar en el fortalecimiento de instituciones e innovaciones sociales que, a su vez, impulsaran circuitos sociales y ecológicos de carácter endógeno, de los cuales, en última instancia, se nutrirían la transición en explotación o finca y los propios procesos de creación de redes de cooperación y redes de confianza. Sin estos procesos, en cualquier caso, no es posible plantear modelos de transición agroecológica sustentables socialmente. Y por tanto, sin una dimensión de cooperación “desde abajo”, fortalecida en sus dinámicas de auto-organización, no sería posible hacer emerger la diversidad de iniciativas que deben hacer frente a los sistemas complejos (y no universalizables) para un manejo sustentable de los recursos naturales de este planeta. Sin cooperación, tradicional y emergente, no hay transición estructural habitable para el conjunto de los seres humanos.

<b><i>Dimensión</i></b>	<b><i>Qué evaluamos</i></b>	<b><i>Ilustración de indicadores y</i></b>
-------------------------	-----------------------------	--

---

10 En la tradición de los estudios e investigaciones aplicadas llevadas a cabo en el Instituto de Sociología y Estudios Campesinos, ISEC, de la Universidad de Córdoba.

## **metodologías positivas de cambio**

<b>1. Cooperación Social</b>	<p>Densidad social: Encuentros y Redes con criterios de sustentabilidad, autonomía y participación</p> <p>Densidad de cooperación: Prácticas de apoyo, Prácticas comunitarias</p> <p>Tradiciones y cultura de auto-organización social y política</p> <p>Seguridad económica: producción sustentable y redes de apoyo</p> <p>Relaciones de género justas</p>	<p>Promoción de dinámicas de auto-gestión alimentaria, productiva o cooperativa Economías solidarias y comunitarias</p> <p>Herramientas metodológicas de auto-movilización y sistematización de experiencias: Campesino a Campesino / procesos IAP</p> <p>Valorización y apoyo a dinámicas de reproducción social, cuidados en red, o personales. Reproducción memoria social</p> <p>Participación y conciencia frente a la desigualdad de género</p> <p>Promoción de espacios comunes para acceso y reproducción de estas iniciativas (recursos, mercados, certificaciones locales)</p> <p>Promoción y sistematización de experiencias y redes exitosas, faros agroecológicos (Altieri)</p> <p>Énfasis global en satisfactores de bienestar (no sólo económico)</p>
<b>2. Circuitos Cortos</b>	<p>Económicos (y financieros)</p> <p>Sociales: intermediarios</p> <p>Energéticos y materiales</p> <p>Distancias, transportes</p>	<p>Reducción intermediarios</p> <p>Mercados locales y orgánicos</p> <p>Reducción de Huella Ecológica</p> <p>Indicadores biofísicos Soberanía Alimentaria (Rivera)</p> <p>Creación de cuencas alimentarias sustentables (Nivel 4 Gliessman)</p>
<b>3. Tecnologías Endógenas</b>	<p>Sustentabilidad Ecológica</p> <p>Dependencia y Resiliencia frente a crisis externas</p> <p>Necesidad de insumos</p> <p>Fiabilidad</p>	<p>Reducción de Huella Ecológica</p> <p>Indicadores tecnológicos Soberanía Alimentaria (Rivera)</p> <p>Resiliencia y Sustentabilidad Tecnológica (MESMIS)</p> <p>Relocalización</p> <p>Niveles 1, 2 y 3 de transición en finca (Gliessman): reducción insumos, rediseño de agroecosistemas con prácticas agroeco.</p>
<b>4. Instituciones e innovaciones sociales</b>	<p>Prácticas de confianza formalizadas Cooperativismo</p> <p>Sintonización con oportunidades culturales y políticas que ofrece el entorno</p> <p>Recursos para movilización y cooperación, tanto social como técnica</p> <p>Producción, aprendizaje y adaptación tecnológica propia</p>	<p>Creación de Sistemas Participativos de Garantía gestionados íntegramente por redes sociales</p> <p>Creación de Cooperativas para la Soberanía Alimentaria</p> <p>Educación popular / comunicación agroecológica participativa</p> <p>Vinculación con tejido social externo</p> <p>Motivación para llegar y conseguir apoyos de mayorías sociales</p>
<b>4b. Dimensión personal</b>	<p><i>Credibilidad y motivación sobre el cambio alimentario: producción, cooperación, dieta compatible y sustentable; co-responsabilidad en la cadena alimentaria</i></p>	<p>Capacidad de visibilización pública de conflictos en torno al sistema alimentario</p> <p>Recursos propios, capacidad de resiliencia cultural y social</p> <p>Principios de equidad e inclusión socioeconómica</p> <p>Espacios de relación productores / consumidores</p> <p>Concienciación y experimentación social del cambio agroecológico (nivel 4 de Gliessman)</p>
<b>5. Políticas Públicas</b>	<p>Paraguas políticos: democratización decisiones y expresiones de participación</p> <p>Paraguas socioculturales: cobertura procesos de cooperación autónomos, sensibilización social consumo cooperativo</p> <p>Paraguas técnico- económicos: apoyo técnico, comunicación agroecológica</p> <p>Paraguas eco-estructurales: fortalecer cuencas alimentarias</p>	<p>Indicadores políticos para la Soberanía Alimentaria (Rivera)</p> <p>Acceso a tierra y recursos; capacitación técnica, IAP</p> <p>Consejos y espacios de co-gestión abiertos a la ciudadanía</p> <p>Creación de Sistemas Participativos de Garantía públicos</p> <p>Políticas urbanas que favorezcan la sustentabilidad y el establecimiento de cuencas alimentarias próximas</p> <p>Microcréditos con criterios sociales</p> <p>Legislación favorable a la comercialización y producción local</p> <p>Campañas de apoyo y sensibilización sobre cuestiones transversales: consumo, género</p>

### **Cuadro 1. Matriz de evaluación de la transición agroecológica (fuente: elaboración propia)**

Como podemos apreciar, hemos desarrollado las tres dimensiones en cinco apartados.

Sobre la base de nuestro énfasis y justificación en cuestiones de cooperación social desde abajo, podemos leer esta matriz como un esquema de diferentes niveles de transición. Niveles interrelacionados, en los que el sustrato ha de ser la cooperación social. Y que, en última instancia, los avances en las diferentes dimensiones nos remitan al fortalecimiento de dichas dinámicas de cooperación. De lo contrario, estaremos planteando salidas en falso a la sustentabilidad en el medio y largo plazo. Por ejemplo, situarse en el plano de la producción de tecnologías endógenas por parte de una administración pública puede resultar en un incremento de transiciones en finca que fuercen dicha cooperación. Pero, en la mayoría de los casos, la conexión con las prácticas tradicionales o emergentes, la carencia de una dimensión participativa y sustentable en la promoción de cualquier tecnología, puede llevar a cambios materiales (en la producción) en el corto plazo, pero no contribuir al fortalecimiento sustentable de circuitos cortos, los cuales, para garantizar una legitimidad y una continuidad en el tiempo, habrán de establecerse desde dinámicas fuertes de cooperación social. Y, viceversa, un tejido social abundante en prácticas de auto-organización no es sinónimo de un cambio social agroecológico. Por ejemplo, si dicha autonomía se vuelca en una ingesta o expropiación de recursos materiales y energéticos de otros lugares; o si las tecnologías son poco resilientes a cambios bruscos como el que pueda registrarse con el descenso del petróleo disponible; o si las instituciones sociales que genera son excluyentes para mayorías sociales (mujeres) o minorías (por cuestiones de racismo, intolerancia religiosa u otros); o si los gobiernos que soporta favorecen circuitos largos de producción y consumo, aunque se promueva una sustitución de insumos químicos por orgánicos en la finca o explotación.

Siendo la anterior matriz una expresión más concreta del modelo general que proponemos, su operativización, su aplicación práctica, debería basarse en el rescate de dimensiones específicas, factores contextualizados e indicadores útiles para un proceso dado. Aquí, en el terreno de la construcción de procesos sociales desde la participación y la auto-organización social, existen propuestas metodológicas muy interesantes que convendría rescatar para apoyar una transición agroecológica: la sociopraxis y la investigación acción participativa (ver...+); el desarrollo de indicadores de sustentabilidad de forma participativa y localizada (ver...+).

Badal y otros (2010) realizan un excelente trabajo de construcción participativa de dimensiones e indicadores para la soberanía alimentaria en Cataluña. Sobre la base de cinco dimensiones generales (relaciones en la cadena alimentaria, políticas institucionales, dinámicas de transformación social, sustentabilidad ecológica y acceso a recursos/dieta alimentaria) plantean una metodología general de diagnóstico participativo del estado de la soberanía alimentaria (encuestas, talleres con productores y consumidores, devolución para evaluación final) que desemboque en la construcción de una serie de indicadores interrelacionados. La ordenación y selección de las variables se realiza atendiendo a la importancia y a la capacidad de incidencia de los actores que las definen y que forman parte del universo de redes agroecológicas trabajando en el contexto catalán.

Todas estas herramientas apuntan a la necesidad de, aún considerando que estamos en un escenario global de cambio (mundial, de problemáticas interrelacionadas, con constelaciones de actores), en última instancia se debe evaluar, codificar y actuar de forma contextualizada. Esta aproximación universal-singular (matriz orientadora-aplicación local) evita la narrativa omnicomprensiva, la teoría que nos indicará la palanca desde la que mover el mundo, pero nos aleja también del relativismo a la hora de proponer dinámicas de cambio social para la satisfacción de las necesidades humanas, en línea

con lo planteado por Max-Neef y otros (1999).

Dado que el consumo en las sociedades contemporáneas está fuertemente vinculado con estilos de vida (Alonso 2005 y 2007), y éstos se definen colectivamente, bien por negociación o socialización primaria (grupo de referencia social), por imposición (legislación, urbanismo o políticas territoriales, acceso a recursos) o por persuasión (educación, publicidad, roles definidos en la industria del ocio), situamos la dimensión personal al interior de la creación de (nuevas) instituciones sociales. No como apéndice, sino en retroalimentación: cambios de actitudes personales, el desarrollo de una dieta como referencia de una comunidad o una población o la desconfianza con respecto al sistema agroalimentario convencional son aciatas de innovaciones sociales, de nuevos estilos alimentarios (ver Calle, Soler y Vara 2009). Con respecto al apoyo por parte de los consumidores de una transición agroecológica, queremos resaltar esta dimensión colectiva del cambio social. En efecto, en muchas ocasiones encontramos análisis de pautas de consumo que intentan orientarse hacia la alimentación ecológica fundamentándose en la apelación a valores y hábitos individualistas, como pueda ser la preocupación por la salud o la accesibilidad comparable a la que proporciona el sistema agroalimentario global (bajo la actual hegemonía). La perspectiva instrumental individualista puede servir de un primer revulsivo para activar un cambio personal. Pero también viene acompañada por la corroboración de patrones de consumo que no implican co-responsabilidad con los productores, con el fomento de estilos alimentarios compatibles con los ciclos de la naturaleza y las cuencas de abastecimiento próximas, con la demanda de productos a través de canales que fácilmente pueden ser fagocitados por dinámicas monopólicas de distribuidores y grandes superficies, redundando entonces en el fortalecimiento de canales largos, la deslegitimación de la cooperación social, la aquiescencia con tecnologías intensivas en el desplazamiento de materias y energías, la no promoción de instituciones sociales al margen de las previstas por el mercado y, por último, el fomento de políticas públicas de apoyo a la gran distribución y a la producción basada en el monocultivo.

En definitiva, los cambios personales que una transición agroecológica persigue deben estar en consonancia con la recreación de innovaciones sociales colectivas. Y viceversa, las innovaciones sociales han de ser el fruto de una maduración participativa de cambios sociales. Nada nuevo bajo el sol, en lo que respecta a prácticas agroecológicas tradicionales: “casi siempre existe un equilibrio bien cuidado entre lo individual y lo colectivo [...] los intereses y las perspectivas individuales se defienden a través de la cooperación” (Ploeg 2010: 64). Dicho de otro modo, la revolución en el *hardware* (circuitos cortos, tecnologías endógenas), la recreación de *paraguas* que alienten la acción colectiva (políticas públicas) y la promoción de prácticas de *cooperación* y metodologías *participativas* entre productores y consumidores, organizados previamente o a título individual, son el sustrato que puede hacer fértiles y motivantes innovaciones en el *software* (cambios personales y sociales) que se apunten a la senda del cambio social agroecológico.

Las experiencias tradicionales y emergentes en el terreno de la agroecología manifiestan, implícita o explícitamente, su apuesta por el giro positivo en nuestro modelo de transición agroecológica. Como subraya Eduardo Sevilla (2006: 211), la agroecología:

“se basa en el descubrimiento, en la sistematización, análisis y potenciación de los elementos de resistencia locales frente al proceso de modernización para, a través de ellos, diseñar, de forma participativa, estrategias de desarrollo definidas a partir de la propia identidad local del etnoagroecosistema concreto en que se insertan”.

Para lograrlo, es fundamental “crear y avalar tecnologías autóctonas, articuladas con tecnologías externas que, mediante el ensayo y la adaptación, puedan ser incorporadas al

acervo cultural de los saberes y del sistema de valores propio de cada comunidad” (ibid: 211). En definitiva, “se trata de intervenir, desde muy distintas instancias, en la distribución actual de poder para tratar de modificarla” (ibid: 215).

Si los imperios agroalimentarios se caracterizan por su depredación de formas de cooperación social con objeto de drenarlas económicamente, de establecerse como absolutos beneficiarios de las conexiones que los mercados globales oligopólicos imponen (Ploeg 2010), el cambio social agroecológico va en sentido contrario. Por consiguiente, en el modelo de transición agroecológica propuesto (cooperación-circuitos endógenos-innovaciones-políticas públicas) subyace la cuestión del *poder*, de cómo se crea, de quién lo hace, para permitir qué encuentros, con qué objetivos y consecuencias para el metabolismo sociovital de una comunidad dada. De ahí que, en última instancia, la cuestión de la transición agroecológica esté ligada a la cuestión de la democratización extensa (sustentable, social y medioambientalmente, inclusiva) de las sociedades contemporáneas.

De manera práctica estos planteamientos son reflejados en las nuevas organizaciones de campesinos y agricultores, como es el caso de La Vía Campesina. Apuntando hacia estrategias de cambio social “desde abajo”, a través de innovaciones sociales no contempladas por los mercados convencionales ni apoyadas por las políticas públicas, Aurélie Desmerais (2007: 302) sostiene que el aporte de estas redes o movimientos sociales que tienen en la soberanía alimentaria su referente reside en que:

“la resistencia se expande más allá de la visible confrontación par incluir formas parcialmente ocultas, lugares y estrategias basadas en la tradición, las culturas y los puntos de vista alternativos de cómo debe ser el mundo [...] ya que el cambio efectivo requiere “hacer política” de forma diferente, a través de la participación. Este enfoque representa un desafío directo a las políticas excluyentes y a los procesos dominantes”.

Y como apostilla uno de los líderes de La Vía Campesina, José Bové, estos agricultores persiguen un “acceso independiente a los alimentos: ser autosuficientes y poder escoger lo que uno se va a comer ... queremos una vida libre y digna bajo una democracia verdadera” (recogido por Desmerais 2007: 57). En el siguiente apartado pasamos a examinar las potencialidades y limitaciones de las organizaciones campesinas como actores relevantes en los procesos de transición social agroecológica.

### **Contribuciones del campesinado frente a los imperios agroalimentarios**

El resultado de la acción de los imperios agroalimentarios es un metabolismo social insustentable a gran escala, que no para de nutrir una dificultad para la transición ecológica a pequeña escala. Las tensiones sociales y medioambientales por el control y acceso a los recursos básicos de los que depende nuestra alimentación generan conflictos a escala planetaria (Holtz y Pajel 2010). Dichos conflictos están forzando, y forzarán aún más, cambios sociales profundos en la manera en que diseñamos satisfactores para nuestras necesidades básicas. Pero la propuesta de transición social que existe actualmente se basan en un hardware y en un software diseñados “desde arriba” para centralizar aún más las redes y sus beneficios, a la par que se trabaja para interferir la cooperación “desde abajo”, agroecológica.

Autores como Eduardo Sevilla (2006b: 144) consideran que el campesinado se caracteriza por aportar históricamente prácticas prácticas intelectuales y políticas para revertir esta dinámica negativa de transición hacia la sustentabilidad. Son raíces de otros presentes, y por tanto albergan e impulsan la posibilidad de trazar otra diversidad de futuros desde su “potencial ético de expansión que evite la degradación de la Naturaleza y la sociedad que general el desarrollo del capitalismo”. Ploeg (2010: 61 y ss.) ejemplifica

bien las aportaciones del modo de explotación agrícola campesino a la generación de dinámicas de cooperación social, que nosotros sintetizamos en cooperación productiva y cooperación política:

- Por *cooperación productiva* nos referimos a los propios *manejos* en busca de más autonomía, es decir, de más “espacio de maniobra”, que llevan al campesinado a buscar gestiones comunitarias, colectivas o de apoyo mutuo: redes de intercambios de semillas, explotación compartida de recursos, creación de instituciones sociales de autorregulación, estrategias de complementación en sus producciones para la venta o para facilitarse insumos como el estiércol o la utilización compartida de maquinaria, etc.

- Entendemos como *cooperación política* las *expresiones de luchas y resistencias sociales*, tanto las abiertas como las ocultas. Bajo las primeras tenemos las clásicas organizaciones sindicales o el desarrollo de acciones colectivas de protesta que se enfrentan abiertamente a las élites. Por ocultas entendemos aquellas tradiciones de resistencia basadas en la connivencia para desoír o desacatar imperativos legales o de mandatarios cercanos, la negación del actual orden formal desde prácticas y discursos “ocultos” que se inspiran en una economías morales, en valores éticos (Scott).

En algunos casos, la cooperación productiva o la cooperación política más oculta llega a abrigar formas de economía solidaria (no mercantilizada) y de economía comunitaria (microsociedades), dinámicas que inciden positivamente en la transición social agroecológica (Schmitt y Tygel 2009). La cría de ganado para su comercialización local o para un consumo en el hogar, nutre el cierre circuitos alimentarios y energéticos. El desarrollo de pequeñas fábricas para producir pan, derivados de hortalizas o conservas recrean vínculos económicos en lo local. En algunos casos, esta dinamización de la economía local puede ir pareja a una inversión en cuestiones de salud, educativas o recreativas, como ocurre en muchos asentamientos del MST brasileño.

Desde estas densas redes o desde iniciativas menos comunales que se orientan a la creación de “espacios de maniobra” por parte de los individuos, pueden surgir *novedades*: prácticas, artefactos o pequeños cambios en las percepciones de la realidad (Ploeg 2010: 276)., que a la vez inducen transformaciones en las formas de producción y comercialización artesanal o alimentaria (ver Gerritsen y Morales 2007). La importancia de estas novedades, que pueden darse a nivel de transición de finca o de comercialización local, es su potencialidad para recrear cambios de mayor escala en otras dimensiones de la transición agroecológica. Así, entendemos que la acumulación de descontentos (conflictos abiertos u ocultos) está detrás del surgimiento de novedades en un principio no conectadas entre sí. En un determinado momento, por el desarrollo de encuentros o la presencia de coyunturas sociopolíticas o personales favorables, estas novedades dan el salto a lo que nos hemos referido en otros trabajos como *innovaciones sociales*, *co-producciones globales* de nuevos satisfactores para nuestras necesidades básicas (Calle, Soler y Vara 2009; Calle, Soler y Rivera 2010). Se trata de saltos cualitativos en la transición social agroecológica en las dimensiones de circuitos cortos, tecnologías endógenas o instituciones sociales. Por ejemplo, la instauración de los AMAPs en Francia puede verse como una pequeña novedad: la creación de grupos de consumidores que deciden acortar radicalmente sus canales de acceso a la alimentación, para lo cual se corresponsabilizan con un agricultor o agricultora en la adquisición de sus productos de forma directa. Esta novedad comercial, es acicate para una cobertura de riesgos en un proceso de transición ecológica en finca, ya que los insumos económicos constantes aseguran ese “espacio de maniobra” para el productor o productora. Permite explorar el desarrollo de tecnologías endógenas. Así mismo, la propia relación que se establece es una nueva institución social basada en una estrategia de confianza-apoyo-reciprocidad, es decir, de cooperación social. El AMAP, por tanto, no es sólo una estrategia de

comercialización sino que encierra toda una innovación social: afecta a la médula del software (cultura) y del hardware (eco-estructura) por el que discurren las relaciones sociales, no sólo el sistema alimentario.

Se trata de innovaciones que pueden entrar en conflicto con el sistema agrolimentario global en cuanto al control de flujos: legislación, canales de distribución y almacenamiento, requisitos sanitarios, etc. Esta innovación social acarrea una presión sobre otros agricultores, haciendo creíbles otras estrategias; e incluso sobre gobiernos a los que puede obligarles a abrir la mano, a crear excepciones, que en el futuro pueden ser conquistas sociales<sup>11</sup>. Abre el camino, y ésta es otra consecuencia positiva en términos de transición agroecológica, a la recreación de otras lógicas que fortalezcan dicha transición. Albergan una “potencialidad intelectual latente” que, en el caso de Brasil, nos explicaría que, ocupando solamente un 24% de las tierras, la agricultura familiar es responsable del 38% del valor total de la producción agrícola y de la mayor parte de alimentos que llegan a las mesas de los y las brasileños (Petersen, Kessler y Caporal 2009: 85).

Son situaciones que producen nuevos vínculos, nuevas formas de entender un desarrollo endógeno atendiendo globalmente a necesidades materiales, afectivas, expresivas y de relación con la naturaleza (Calle, Soler y Rivera 2010). La racionalidad campesina, como afirman los trabajos de Toledo, Sevilla o Leff, está cargada de cooperación social orientada a la reproducción del medio de vida del campesino o campesina. Generalmente ha sido destacada su aportación al cambio social agroecológico en sus modos de producción sustentable, en sus luchas por el acceso a la tierra, en la recreación de agroecosistemas resilientes, en el fortalecimiento de economías locales, etc. Pero queremos constatar cómo dicha cooperación ha nutrido, y ha sido nutrida por, procesos de cooperación social que han afectado positivamente a la satisfacción de sus necesidades expresivas y afectivas (identidad, participación), así como a la construcción de satisfactores materiales para garantizar su salud, un cobijo, el alimento.

Es más, interpretamos que la reciente emergencia de articulaciones entre organizaciones campesinas y otros sectores, muchos de ellos insertos en el ámbito urbano, supone, intrínsecamente, una estrategia de ampliación de dichas dinámicas de cooperación. El apoyo a iniciativas de agricultura urbana o peri-urbana, la inclusión de una perspectiva de sustentabilidad fuerte en detrimento de una economía medioambiental capitalista, o la problematización creciente de la situación de la mujer en zonas rurales son, a nuestro juicio, testimonio de ese afán por alimentar una transición social agroecológica incidiendo positivamente en las cinco dimensiones del modelo propuesto.

Ahora bien, estas contribuciones desde redes campesinas a la transición agroecológica no están exentas de limitaciones a la hora de sentar las bases para una transición social agroecológica. En el ámbito sociocultural de la cooperación, nos encontramos con que las mujeres siguen teniendo menos posibilidades de erigirse en sujetos políticos en una dinámica de democratización extensa y ascendente de las relaciones sociales (Siliprandi 2009: 139). Entre los factores que se destacan como *giros negativos* en la construcción de una transición social agroecológica desde la perspectiva de género destacan: las dificultades en el acceso a insumos, tecnologías y tierras (propiedad y gestión); la participación desigual en espacios de decisión; la escasa actividad que gestionan en

---

<sup>11</sup>Jan Douwe Van der Ploeg (2010: 276 y ss.) pone como ejemplo el caso de productores de leche agrupados en la cooperativa holandesa NWF y su vuelta a la utilización del estiércol en su producción agrícola. En el plano legislativo se encuentra la formalización de los sistemas participativos de garantía en Brasil.

canales de distribución y comercialización; la menor presencia en los ámbitos públicos o de representación; la violencia física y simbólica hacia las mujeres en terrenos públicos o privados; las dificultades para acceder a crédito o a fuentes de recursos propios, de autosuficiencia económica o alimentaria; el hecho de que los programas públicos favorecen más a los hombres; la jerarquización patriarcal de la sociedad que se refleja en formas de dominación fruto de las desigualdades en terrenos educativos, socioeconómicos y políticos; la infravaloración de tareas reproductivas en el hogar; la invisibilización de tareas básicas para el desarrollo de cualquier estilo o sistema agroalimentario; entre otras (ver Mugarik Gabe y otras 2006, Siliprandi 2009, Boege y Carranza 2009).

Sin embargo, la propia transición agroecológica puede ayudar a levantar esos muros. Como afirma Emma Siliprandi (2009: 140) para el caso de Brasil:

“Después de décadas de movilización y articulación de las mujeres rurales para el reconocimiento de su profesión, del derecho a la sindicalización y de la garantía para su autonomía financiera y productiva, ellas comienzan a identificar y a denunciar también las numerosas formas de violencia que ocurren dentro de sus familias, que muchas veces no se percibe como tales: la prohibición de ir a una reunión; la falta de espacio en la familia para discutir cuestiones estratégicas relativas a la producción; la falta de acceso a la gestión de la propiedad, o al uso de recursos comunes (tales como la tierra, los instrumentos de trabajo, los recursos financieros, etc.). Para muchas de ellas, *la militancia agroecológica fue el espacio donde se produjo su aprendizaje político*” (énfasis nuestro).

Vienen a corroborar estos trabajos que no hay transición agroecológica posible sin atacar la jerarquización física y simbólica que impone el patriarcado. Y viceversa, unas relaciones horizontales entre mujeres y hombres son caldo de cultivo para el despegue de una cooperación social que lleve a una democratización ascendente del conjunto de relaciones que se dan en el interior del sistema agroalimentario, y en la sociedad en su conjunto.

En esta misma línea, la articulación sociopolítica desde la horizontalidad entre organizaciones de diferentes orientaciones y matrices políticas, es todo un reto para construir alianzas no jerarquizantes entre redes campesinas de todo el mundo y movimientos sociales ecologistas o insertos en ámbitos urbanos pero dispuestos a problematizar críticamente el sistema agroalimentario (Holtz y Pajel 2010: 19 y ss., Calle, Soler y Rivera 2010). La cooperación social exige transformar la diversidad en riqueza para estas redes alimentarias (Desmerais 2007: 45). Siempre en el marco de una crítica a las formas jerárquicas y jerarquizantes de los imperios agroalimentarios, no buscando en ellos la posibilidad de una democratización de las relaciones (como ocurre, por ejemplo, con algunas alianzas entre ONGs y fundaciones de apadrinamiento de mercados transgénicos y globales; Holtz 2009). Los sistemas alimentarios complejos y localizados que se sitúan como horizonte de una soberanía alimentaria reclaman una legitimación y una operatividad desde lo cercano, siempre que sea posible, y desde la participación e inclusión como sujetos políticos de todos los agentes involucrados. Dicha complejidad exige, por ello, dinámicas de empoderamiento en igualdad, y no de autoritarismo que reproduzca en jerarquías, pretendidamente más eficientes. Todo ello, teniendo en cuenta que las desigualdades sociales (económicas, culturales, entre países del centro y de la periferia) tienden a reproducirse al interior de estas iniciativas. Pero el giro positivo de la transición social agroecológica reclama, argumentan expertos y la propia experiencia, una creciente hipersensibilidad frente al poder como acicate de una democratización extensa de las relaciones.

En el ámbito eco-estructural, podemos afirmar que campesinado no es sinónimo de soberanía alimentaria. En ocasiones, existen fuertes presiones externas por parte de los

imperios alimentarios que fuerzan o seducen a los agricultores para efectuar una transición en sentido negativo, es decir, afianzarse como eslabón dependiente de los mercados alimentarios globales que, paulatinamente, terminan expulsando de esta actividad a los pequeños productores (Ploeg 2010). En otros casos, la transición agroecológica se reduce a una transición en finca regida exclusivamente por la sustitución de insumos, de matriz química a orgánica. Ocurre que el sistema agroalimentario en su conjunto se mantiene favorable a las relaciones desiguales, los puntos de conexión entre sus componentes dominados y drenados “por arriba”, las políticas públicas orientadas a la gran producción o a la exportación, la legislación favorable a las grandes superficies, etc. Con ello, se reproducen concentraciones oligopólicas, se incrementa la insustentable utilización de materia y energía a través de nuevas tecnologías y grandes desplazamientos en la distribución, las transnacionales favorecen la complementariedad de una agricultura ecológica con una doble revolución verde en forma de transgénicos, se mantienen relaciones de dependencia entre el centro y la periferia a través de certificaciones especiales, entre otras (ver Pérez 2010 cap. 3, Holtz y Pajel 2010, Sligh y Christman 2003, Cuéllar y Reintjes 2009). En definitiva, se desarticulan o se desincentivan formas tradicionales o innovadoras basadas en un *software* de cooperación social, a la par que solidifica un *hardware* no orientado ni a la sustentabilidad medioambiental ni a la satisfacción del derecho a una alimentación digna y apropiada.

Por último, en el terreno de las instituciones sociales y públicas, no es descartable la emergencia de soluciones de desactivación de formas de cooperación social “desde abajo”. Nos referíamos antes a la incompatibilidad entre alianzas sociales de carácter verticalista y una transición agroecológica. También aquí podemos señalar los riesgos de introducir una transformación ecológica desde una democracia autoritaria o directamente desde una dictadura de la ecoeficiencia (ver Encina y Bárcenas coord. 2004). En concreto, situaciones de crisis o de colapso energético, pueden abrir súbitamente los escenarios de la transición social agroecológica, al instalarnos en una *deglobalización forzosa*. El resultado puede ser un alza de expresiones de democracia radical y de democracia participativa; o por el contrario, un reforzamiento de formas de control desde arriba (Calle 2009, 2010). En el segundo escenario, la ecoeficiencia se estaría sacrificando en el medio plazo, pues la transición agroecológica necesita para ser sustentable, anclarse en dinámicas cotidianas y estar legitimada socialmente. De lo contrario, no podríamos esperar contribuciones “eficientes” a dicho sistema: los actores básicos para esa transición (productores agroecológicos y consumidores responsables), que son los que poseen la capacidad de actuar, y que manejan el conocimiento contextualizado y necesario para la orientación colectiva con la que se construye todo estilo alimentario, se verían alejados de las decisiones y de cómo se (re)producen las informaciones del sistema. Lo que podríamos tener, desde esa defeción alimentaria que sería también política, es una adhesión acrítica a redes centralizadas y autoritarias. Pero estas redes son sumamente ineficientes e inestables, ya que producen un constante desperdicio de recursos, informaciones y experiencias locales, imprescindibles para la transición social agroecológica.

## **Bibliografía**

- Altieri, Miguel A. (2009): “Agroecología, pequeñas fincas y soberanía alimentaria”, *Ecología Política*, n. 38.
- Altieri, Miguel y Nicholls, Clara (2007): “Conversión agroecológica de sistemas convencionales de producción: teoría, estrategias y evaluación”, en revista *Ecosistemas* 16 (1), enero. [Disponible en <http://www.revistaecosistemas.net>]

- Badal, Marc; Binimelis, Rosa; Gamboa, Gonzalo; Heras, María; Tendero, Guillem (2010): *Arran de Terra. Indicadors participatius de Sobirania Alimentària a Catalunya*, Barcelona, Entrepobles/IEEEP.
- Bascuñán Añover, Óscar (2009): *Campesinos rebeldes. Las luchas del campesinado entre la modernización y la globalización*, Madrid, Catarata.
- Calle Collado, Ángel (2005): *Nuevos movimientos globales. Hacia la radicalidad democrática*, Madrid, Editorial Popular.
- Calle Collado, Ángel (2007): "Democracia Radical. La construcción de un ciclo de movilización global", Monográfico "Jóvenes, globalización y movimientos altermundistas", *Revista de Estudios de Juventud*, nº 76, enero-marzo de 2007.
- Calle Collado, Ángel (2009): "Democracia en movimiento", *Relaciones Internacionales*, núm. 12, [Disponible en [www.relacionesinternacionales.info/revista/revista/N12/pdf/artcalle12.pdf](http://www.relacionesinternacionales.info/revista/revista/N12/pdf/artcalle12.pdf)]
- Calle Collado, Ángel (coord.) (2010): *Aproximaciones a la democracia radical*, (próxima edición, en prensa, Barcelona, Icaria editorial).
- Calle Collado, Ángel; Soler Montiel, Marta y Vara Sánchez, Isabel (2009): "La desafección al sistema agroalimentario: ciudadanía y redes sociales", *I Congreso de Sociología de la Alimentación*, Gijón, 28 y 29 de mayo de 2009.
- Cuéllar Padilla, Mamen y Calle Collado, Ángel (2009): "Sistemas participativos de garantía: poder, democracia y agroecología", *I Congreso de Sociología de la Alimentación*, Gijón, 28 y 29 de mayo de 2009.
- Calle Collado, Ángel y Gallar, David (2010): "Estamos en medio: necesidades básicas, democracia, poder y cooperación", en Calle (coord.)
- Calle Collado, Ángel; Soler, Marta y Rivera, Marta (2010): "Soberanía alimentaria y Agroecología Emergente: la democracia alimentaria", en Calle Collado (coord.).
- Cuéllar Padilla, Mamen (2009): *Hacia un sistema participativo de garantía para la producción ecológica en Andalucía*, tesis doctoral de la Universidad de Córdoba, disponible en <http://helvia.uco.es/xmlui/handle/10396/2357>
- Cuéllar, M. y Sevilla Guzmán, Eduardo (2009): "Aportando a la construcción de la Soberanía Alimentaria desde la Agroecología", *Ecología Política*, n. 38.
- Carpintero, Óscar (2005): *El metabolismo de la economía española. Recursos naturales y huella ecológica (1955-2000)*, Tegui, Lanzarote, Fundación Óscar Manrique.
- De Francisco, Andrés (2007): *Ciudadanía y democracia. Un enfoque republicano*, Madrid, Los libros de la catarata.
- Delcourt, Laurent (coord.) (2009): *La crisis alimentaria. Movilizaciones en el Sur*, Madrid, Editorial Popular.
- Desmarais, Annette Aurélie (2008): *La Vía Campesina*, Madrid, Editorial Popular.
- Encina, Javier y Barcena, Iñaki (2004): *Democracia ecológica. Formas y experiencias de participación*

- en la crisis ambiental*, Palomares del Río, Universidad Libre para la construcción colectiva (UNILCO).
- Ecología Política*, nº 38, monográfico dedicado a la soberanía alimentaria, disponible en internet
- Fernández Such, Fernando (coord.) (2006): *Soberanía alimentaria. Objetivo político de la cooperación al desarrollo en zonas rurales*, Barcelona, Icaria.
- Fernández Such, Fernando; Roa, Tatiana; Spender Lilian; y Villarroel, Alberto (2006): “¿Qué tecnología para la soberanía alimentaria? Recuperando la biodiversidad”, en Fernández Such (coord.), *Soberanía alimentaria. Objetivo político de la cooperación al desarrollo en zonas rurales*, Barcelona, Icaria.
- Gallar, David y Vara Sánchez, Isabel (2010): “Desagrarización cultural, agricultura urbana y resistencias para la sustentabilidad”, en Soler (coord.)
- Gliessman, Stephen (2007): *Agroecology: The Ecology of Sustainable Food Systems*, Boca Ratón, CRC Press.
- Gliessman, Stephen (2010): “The Framework for Conversion” en Gliessman y Rosemeyer (eds.), *The conversion to sustainable agriculture: principles, processes and practices*, Boca Raton, CRC Press.
- González de Molina, Manuel (ed.) (2010): *El desarrollo de la agricultura ecológica en Andalucía (2004-2007). Crónica de una experiencia agroecológica*, Barcelona, Icaria.
- Gerritsen, P.R.W. y J. Morales H. (Ed.) (2007): *Respuestas locales frente a la globalización económica. Productos regionales de la Costa Sur de Jalisco*, México, Guadalajara, Universidad de Guadalajara/ITESO/RASA
- Guzmán, G., et al., (2000): *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*, Madrid, Mundi-Prensa, 535 pp.
- Harris, Marvin (1997): *Nuestra especie*, Madrid, Alianza Editorial.
- Holt-Giménez, Eric (2009): “EE UU: crisis alimentarias, movimiento alimentario y cambio de régimen”, *Ecología Política* n. 38.
- Holt-Giménez, Eric y Patel, Raj (2010): *Rebeliones alimentarias. Crisis y hambre de justicia*, Barcelona, El Viejo Topo.
- Inglehart, Ronald (1991): *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, Siglo XXI.
- Marchioni, Marco (coord.) (2001): *Comunidad y cambio social: teoría y praxis de la acción comunitaria*, Madrid, Editorial Popular.
- Max-neef, A. Elizalde, M. Hopenhayn (1993): *Desarrollo a escala humana*, Montevideo, Nordan, 144 pp.
- Montagut, Xabier y Dogliotti Fabrizio (2006): *Alimentos globalizados*, Barcelona, Icaria.
- Mugarik Gabe y otras autoras (2006): “Estrategias de género para la soberanía alimentaria”, en Fernando Fernández (coord.)
- Pérez-Vitoria, Silvia (2010): *La Riposte des paysans*, París, Actes Sud.

- Petersen, Paulo (org.) (2009): *Agricultura familiar camponesa na construção do futuro*, Rio de Janeiro, Revista Agriculturas.
- Petersen, Paulo, Kessler, Fabio, Caporal, Francisco (2009): "A construção de uma ciência a serviço de um campesinato", en Petersen (org.)
- Ploeg, J.D. Van der (2009): "Sete teses sobre a agricultura camponesa", en Petersen (org.)
- Ploeg, J.D. Van der (2010): *Nuevos campesinos. Campesinos e imperios alimentarios*, Barcelona, Icaria, 432 pp.
- Rist, Gilbert (2002): *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Madrid, IUDC-La Catarata.
- Rivera Ferre, Marta G. (2008): "Soberanía alimentaria: limitaciones y perspectivas", en *Derecho a la alimentación y soberanía alimentaria, II Seminario Internacional celebrado en octubre de 2007*, Córdoba, Servicio de publicaciones de la Universidad de Córdoba.
- Schmitt, Cláudia Job y Tygel, Daniel (2009): "Agroecología e Economía Solidária: trajetórias, confluências e desafios", en Petersen (org.)
- Scott, James (2000): *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México DF, Ediciones Era.
- Sevilla Guzmán, Eduardo (2006): *De la Sociología Rural a la Agroecología*, Barcelona, Icaria, 255 pp.
- Sevilla Guzmán, Eduardo (2006b): *El pensamiento social agrario*, ISEC/Universidad de Córdoba.
- Shiva, Vandana (2006): *Manifiesto por una democracia de la tierra, Justicia, sostenibilidad y paz*, Barcelona, 2006.
- Siliprandi, Emma (2009): "Um olhar ecofeminista sobre as lutas por sustentabilidade no mundo rural", en Petersen (org.)
- Sligh, Michael y Carolyn Christman, Carolyn (2003): "¿A quién pertenece la agricultura orgánica? El estado global, los prospectos y los estos de un mercado orgánico en cambio", *Rural Advancement Foundation International*, Pittsboro. [[http://www.rafiusa.org/pubs/WOO\\_Spanish.pdf](http://www.rafiusa.org/pubs/WOO_Spanish.pdf)]
- Soler Montiel, Marta (coord.) (2010): *Rearticulando desde la alimentación: canales cortos de comercialización en Andalucía*. En VV. AA. Patrimonio cultural en la nueva ruralidad andaluza. Serie PH Cuadernos del IAPH, nº 27, Sevilla, Consejería de Cultura, IAPH (en prensa)
- Soler Montiel, Marta y Calle Collado, Ángel (2010): "Rearticulando desde la alimentación: canales cortos de comercialización en Andalucía" en VV. AA. Patrimonio cultural en la nueva ruralidad andaluza. Serie PH Cuadernos del IAPH, nº 27, Sevilla, Consejería de Cultura, IAPH (en prensa)
- Sousa Santos, Boaventura de (2005): *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*, Madrid, Trotta.
- Sousa Santos, Boaventura (2009): *Pensar el estado y la sociedad: desafíos actuales*, Buenos Aires, Waldhuter.
- Sztompka, P. (1995): *Sociología del cambio social*, Madrid, Alianza Editorial
- Taylor Lovell, Sarah y ocho autores más (2010): "Integrating agroecology and landscape

multifunctionality in Vermont: An evolving framework to evaluate the design of agroecosystems”, *Agricultural Systems*, n. 103, pp. 327-341 [[www.elsevier.com/locate/agsy](http://www.elsevier.com/locate/agsy)]

Toledo, Víctor M. (1993): “La racionalidad ecológica de la producción campesina”, en Sevilla y González (ed.), *Ecología, campesinado e historia*, Madrid, La Piqueta, 437 pp.

Toledo, V. M., y González de Molina, M. (2007): “El metabolismo social: las relaciones entre la sociedad y la naturaleza”, en Garrido Peña et al. (coord): *El paradigma ecológico en las ciencias sociales*. Barcelona, Icaria.

Toledo, Víctor M. y Barrera- Basols, Narciso (2009): *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*, Barcelona, Icaria.

Varios Autores (2007): *Supermercados, no gracias. Grandes cadenas de distribución: impactos y alternativas*, Barcelona, Icaria.

Villasante, Tomás (2006): *Desbordes creativos. Estilos y estrategias para la transformación social*, Madrid, La Catarata.